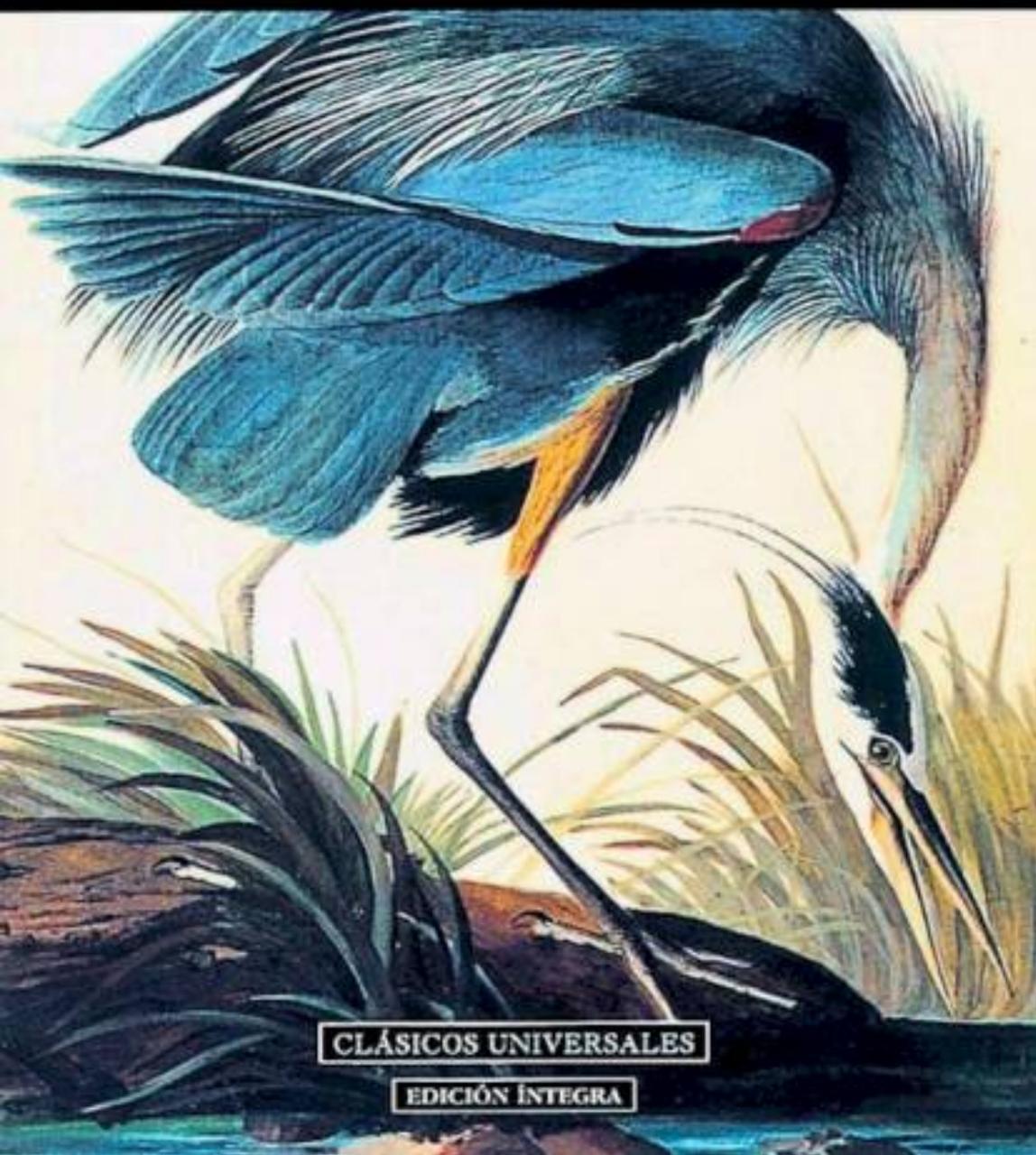


FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

*Fábulas morales*



CLÁSICOS UNIVERSALES

EDICIÓN ÍNTEGRA

Félix María Samaniego es, sin duda, uno de los máximos exponentes de una poesía satírica y mordaz, escrita en forma de fábulas morales con las que buscaba enseñar valores morales a los niños de su época. Sus fábulas, fuertemente influenciadas por su educación francesa y por La Fontaine, acompañan desde entonces a generaciones de españoles y conservan una intemporalidad y una fuerza que las mantiene en lo más alto de la literatura en lengua hispana.

En 1781 se publicaron en Valencia los cinco primeros libros con el título de *Fábulas en verso castellano*, y en 1784 apareció en Madrid la versión definitiva, titulada *Fábulas morales* y formada por nueve libros con 157 fábulas.

*La presente obra es reproducción íntegra del original en su primera edición publicada en Valencia por Benito Monfort, 1781 (los 5 primeros libros) y en Madrid por Ibarra, 1784 (los 4 libros restantes). Las ilustraciones que aparecen en esta edición, originales de J.J. Grandville, acompañaron al texto de la edición francesa ilustrada de las Fábulas de La Fontaine publicada por H. Fournier, París, 1838.*

## Prólogo

*Duplex libelli dos est: quod risum movet,  
et quod prudenti vitam consilio monet.*<sup>[1]</sup>

(Phedro, *Fáb.*, pról. lib. 1)

Muchos son los sabios, de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de fabulistas: pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del arduo empeño de meterme a contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permítame el público protestar con sinceridad, en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi elección. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida a una persona, en quien respeto unidas las calidades de tío, maestro y jefe.<sup>[2]</sup>

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educación como a basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar a los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce a su instrucción; y siendo, por decirlo así, el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños, las máximas morales, disfrazadas con el agradable artificio de la fábula, me destinó a poner una colección de ellas en verso castellano con el objeto de

que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, según deseó Platón<sup>[3]</sup>, a lo menos antes de llegar a estado de poder entender el latín.

Desde luego di principio a mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas<sup>[4]</sup> alguno de mis primeros ensayos, cuando lo leían y estudiaban a porfía con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traducción, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendación de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo éste su ambiciosa condición, desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que en los niños en los mayores, y aun si es posible, entre los doctos; pero a la verdad, esto no es tan fácil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán éstos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecución de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Después de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña librería de fabulistas; examiné, comparé y elegí para mis modelos entre todos ellos, después de *Esopo*, a *Fedro* y *Lafontaine*<sup>[5]</sup>; no tardé en hallar mi desencanto. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarle a los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida a este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar a ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que a ésta le faltan para igualar a la latina en concisión y energía? Este conocimiento, en que me aseguró más y más la práctica, me obligó a separarme de *Fedro*.

Empecé a aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra y la Hormiga*, *El Cuervo y el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podía sin ridiculizarme trasladar a mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narración.

No obstante, en el estudio que hice de este autor hallé, no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano<sup>[6]</sup>, Esopo y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse a seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo a asegurar que apenas tuvo presente otro precepto en la narración, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano<sup>[7]</sup>: *Por mucho gracejo que se dé a la narración, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formación de mi obrita a estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví a escribir, tomando en cerro<sup>[8]</sup> los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad a mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aun en el variar rara vez algún tanto, ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo o mudando alguna cosa, que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya a darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, según mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga a cotejar una misma fábula en diferentes versiones la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que, degenerando por grados de una en otra versión, vendrá a parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias o pecados contra las leyes de la fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo

de la inmortalidad, ¿a qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, según mi entender, a la comprensión de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo no sólo humilde, sino aun bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndole incomprendible a los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo, en esta parte desconfío conseguir mi fin. Un autor moderno<sup>[9]</sup>, en su *Tratado de educación*, dice que en toda la colección de Lafontaine no conoce sino cinco o seis fábulas en que brilla con eminencia la sencillez pueril, y aun haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados a la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una lección. Confesaré sinceramente que no he acertado a aprovecharme de ella, si en mi colección no se halla más de la mitad de fábulas que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas a la prosa más trivial. Este me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar a los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar a ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados a que llega la comprensión de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad; no es esencial a la fábula, como no lo es al epigrama y a la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexión de uno a otro como de las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone a la varia armonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atención. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos adquirirán, con la repetición de ellos, alguna facilidad en hacerlos arreglados a las diversas medidas a que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia<sup>[10]</sup> de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados o de siete sílabas; pero me he acomodado a preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicación de la sentencia, o queda confuso y como estrujado el pensamiento, o demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusión, puede perdonárseme bastante por haber sido el primero en la nación que ha abierto el paso a esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido a bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas a cultivar éste y otros importantes ramos de instrucción y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Haydn*<sup>[11]</sup>, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

## A los caballeros alumnos del Real Seminario Patriótico Vascongado<sup>[12]</sup>

Oh jóvenes amables,  
que en vuestros tiernos años  
al templo de Minerva<sup>[13]</sup>  
dirigís vuestros pasos,  
seguid, seguid la senda  
en que marcháis, guiados,  
a la luz de las ciencias,  
por profesores sabios.  
aunque el camino sea,  
ya difícil, ya largo,  
lo allana y facilita  
el tiempo y el trabajo.  
Rompiendo el duro suelo,  
con la esteva agobiado,  
el labrador sus bueyes  
guía con paso tardo;  
mas al fin llega a verse,  
en medio del verano,  
de doradas espigas,  
como Ceres<sup>[14]</sup>, rodeado.  
A mayores tareas,  
a más graves cuidados  
es mayor y más dulce  
el premio y el descanso.  
Tras penosas fatigas,  
la labradora mano  
¡con qué gusto recoge

los racimos de Baco<sup>[15]</sup>!  
Ea, jóvenes, ea,  
seguid, seguid marchando  
al templo de Minerva,  
a recibir el lauro.  
mas yo sé, caballeros,  
que un joven entre tantos  
responderá a mis voces:  
«No puedo, que me canso.»  
Descansa enhorabuena;  
¿digo yo lo contrario?  
Tan lejos estoy de eso,  
que en estos versos trato  
de daros un asunto  
que instruya deleitando<sup>[16]</sup>,  
los perros y los lobos,  
los ratones y gatos,  
las zorras y las monas,  
los ciervos y caballos  
os han de hablar en verso,  
pero con juicio tanto,  
que sus máximas sean  
los consejos más sanos<sup>[17]</sup>.  
deleitaos en ello,  
y con este descanso,  
a las serias tareas  
volved más alentados.  
Ea, jóvenes, ea.  
Seguid, seguid marchando  
al templo de Minerva,  
a recibir el lauro.  
Pero ¡qué! ¿os detiene  
el ocio y el regalo?  
Pues escuchad a Esopo,  
mis jóvenes amados.



## Libro primero

### FÁBULA I

#### El Asno y el Cochino

Envidiando la suerte del Cochino,  
un Asno maldecía su destino.  
«Yo, decía, trabajo y como paja;  
él come harina, berza, y no trabaja:  
a mí me dan de palos cada día;  
a él le rascan y halagan a porfia.»  
Así se lamentaba de su suerte;  
pero luego que advierte  
que a la pocilga alguna gente avanza  
en guisa de matanza,  
armada de cuchillo y de caldera,  
y que con maña fiera  
dan al gordo Cochino fin sangriento,  
dijo entre sí el jumento:  
*«Si en esto para el ocio y los regalos,  
al trabajo me atengo y a los palos.»*

### FÁBULA II

#### La Cigarra y la Hormiga

Cantando la Cigarra

pasó el verano entero,  
sin hacer provisiones  
allá para el invierno;  
Los fríos la obligaron  
a guardar el silencio  
y a acogerse al abrigo  
de su estrecho aposento.  
Viose desproveída<sup>[18]</sup>  
del precioso sustento:  
sin mosca, sin gusano,  
sin trigo, sin centeno.

Habitaba la Hormiga  
allí tabique en medio,  
y con mil expresiones  
de atención y respeto  
la<sup>[19]</sup> dijo: «Doña Hormiga,  
pues que en vuestro granero  
sobran las provisiones  
para vuestro alimento,  
prestad alguna cosa  
con que viva este invierno  
esta triste Cigarra,  
que alegre en otro tiempo,  
nunca conoció el daño,  
nunca supo temerlo.  
No dudéis en prestarme;  
que fielmente prometo  
pagaros con ganancias,  
por el nombre que tengo.»

La codiciosa Hormiga  
respondió con denuedo,  
ocultando a la espalda  
las llaves del granero:  
«¡Yo prestar lo que gano

con un trabajo inmenso!  
Dime, pues, holgazana,  
¿qué has hecho en el buen tiempo?»  
«Yo, dijo la Cigarra,  
a todo pasajero  
cantaba alegremente,  
sin cesar ni un momento.»  
«¡Hola! ¿conque cantabas  
cuando yo andaba al remo?  
*Pues ahora, que yo como,  
baila, pese a tu cuerpo.»*



### FÁBULA III

## El Muchacho y la Fortuna

A la orilla de un pozo,  
 sobre la fresca yerba,  
 un incauto mancebo  
 dormía a pierna suelta.  
 Gritóle la Fortuna<sup>[20]</sup>:  
 «Insensato, despierta;  
 ¿no ves que ahogarte puedes,  
 a poco que te muevas?  
 Por ti y otros canallas  
 a veces me motejan,  
 los unos de inconstante,  
 y los otros de adversa.

*¡Reveses de Fortuna  
 llamáis a las miserias!  
 ¿por qué, si son reveses  
 de la conducta necia?»*

## FÁBULA IV

### La Codorniz

Presa en estrecho lazo  
 la Codorniz sencilla,  
 daba quejas al aire,  
 ya tarde arrepentida.  
 «¡Ay de mí miserable  
 infeliz avecilla,  
 que antes cantaba libre,  
 y ya lloro cautiva!  
 Perdí mi nido amado,  
 perdí en él mis delicias,  
 al fin perdilo todo,  
 pues que perdí la vida.